



XXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

“¿A quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Josué 24,1-2.15-18; Efesios 5,21-33; Juan 6,60-69

Con la lectura de este domingo finaliza el capítulo 6 del evangelio según san Juan, que había comenzado con el relato de la comida en la que Jesús compartió el pan con una multitud y se presentó ante ellos como “el pan que ha bajado del cielo”. Les había instado a “creer” en él y a “comer” su carne para tener “vida eterna”. Con una precisión importante y provocadora: “es mi carne por la vida del mundo”. Más adelante, en el mismo evangelio, presentándose como “el buen pastor”, hablará de “dar su vida por las ovejas” (10,15). Una interpretación demasiado literal del “comer su carne” y, posiblemente, una correcta comprensión de la radicalidad del “por la vida el mundo”, suscitó inquietud, ya no sólo entre los judíos (6,41), sino entre los mismos discípulos: “es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?”. Nos hace bien esta reacción de aquellos buenos discípulos para sacudir una posible rutina de la fe y no difuminar la radicalidad del seguimiento de Jesús y su mensaje.

Es viejo el riesgo de contemporizar con una cierta religiosidad heredada, sin afrontar y asumir las exigencias más comprometedoras del Evangelio. El texto del libro de Josué evoca esa misma situación, vivida como una crisis de identidad en cuanto pueblo, que había puesto una confianza plena en su Dios. El camino de la liberación se había tornado difícil y exigente, no se percibían fácilmente realizadas las promesas y las expectativas; por otra parte, la convivencia cercana con otros pueblos, que adoraban y se sentían protegidos por otros dioses, hacía vacilar la fe

* Ciclo B

de Israel en el Señor. Josué plantea al pueblo la necesidad de tomar conciencia de la gravedad de esa situación ambigua y resolverla. La asamblea reunida hace memoria de las acciones salvadoras que Dios ha realizado con ellos y decide unánimemente ratificar y seguir con fidelidad la alianza con el Señor: “También nosotros serviremos a Yahvé, porque él es nuestro Dios”.

Los discípulos que ya llevaban un tiempo con Jesús, testigos asombrados de sus signos, habían ido escuchando con gusto –pero a veces con preocupación– sus parábolas y enseñanzas. Las últimas, pronunciadas en la sinagoga de Cafarnaún: “comer su carne” y –aun reconociendo su sentido metafórico– ofrecer su vida “por la vida del mundo”, resultaban difíciles de entender y asumir. De hecho, algunos comenzaron a tomar distancia y alejarse: “Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él”. Jesús lo interpreta bien: “hay entre ustedes algunos que no creen”. Creer es caminar con Jesús, a su ritmo y en su camino, en fidelidad personal a sus palabras, que “son espíritu y son vida”. A los que quedan les recuerda que el discipulado implica tanto el llamado gratuito de Dios como la libre respuesta acogedora de la persona. La fe y el seguimiento de Jesús suponen un acto de libertad consciente y de fidelidad consecuente. Con claridad y realismo se lo plantea: “¿También ustedes quieren marcharse?” No hay auténtico seguimiento por rutina o por costumbre. La tentación pastoral radica en sobrevalorar la cantidad que miden las estadísticas y no poner el criterio en la madurez de una fe personal, consciente y libre, y en la coherencia de un estilo de vida y una práctica inspiradas y confrontadas con el evangelio. Ante nuestros posibles conformismos que llevan a la mediocridad y al acomodo, resulta saludable escuchar y dejarse sacudir con lealtad y realismo por esas palabras de Jesús: “¿También ustedes quieren marcharse?”. La pregunta es pertinente tanto para las personas como para las comunidades.

La respuesta de Pedro, en consonancia con otras suyas en los sinópticos y en el último capítulo de Juan, es contundente y resume bien la convicción y apuesta que ha de caracterizar a todo discípulo: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”. A primera vista podría parecer una respuesta espontánea y precipitada. Cuando años más tarde es consignada por el evangelista y leída en la comunidad, expresa la formulación de una decisión asumida con toda conciencia y libertad. Supone una fe que ha ido madurando en el proceso mismo del seguimiento, de la adhesión personal a quien nos va cautivando con sus gestos y su propuesta. “Tú tienes palabras de vida eterna” es la expresión de quien ha descubierto en Jesús un sentido para vivir la vida con plenitud y alegría. “Vida eterna” no apunta tanto a decir algo que no tiene límite temporal, sino a hondura, sentido, realización gozosa, trascendente.

Hay situaciones en la vida en que es ineludible plantearse la pregunta por el sentido que queremos dar –o lograr– a nuestra tarea, a la vida, a las opciones en la que nos sentimos realizados. ¿Es Jesús –sus palabras y propuesta de vida: “mi carne por la vida del mundo”– la persona en la que ponemos toda nuestra confianza para dar sentido a lo que hacemos y vivimos? Hoy también, ante los desafíos del presente y las otras propuestas de sentido para la vida, más centradas en el interés personal o de grupo, es un momento que reclama reflexión, discernimiento y decisiones, tan serias y comprometidas como las de los discípulos de entonces. Opción por Jesús y sus palabras implica opción por un sentido de vida, que por amor se entrega “por la vida del mundo”, concretada preferencialmente en la vida, dignidad y derechos de los pobres.

El capítulo, que comenzaba recordando el pan compartido por Jesús para que la multitud comiera, concluye con la opción de los discípulos –los de ayer y los de hoy– de “comer” la carne y las palabras de Jesús, haciéndolas vida –actitudes, criterios y práctica– en nuestras personas para que este mundo nuestro tenga vida más plena y humana.

La lectura de la carta a los Efesios, aun reconociendo que emplea expresiones que hoy nos suenan incómodas, ya que llevan la huella de una mentalidad que no es la nuestra, en el fondo invita a relaciones mutuas de respeto y amor. Aunque explícitamente lo plantea en referencia a la relación entre esposos, lo hace como concreción de una perspectiva más general que enuncia al comienzo: “Ténganse mutuamente respeto en honor a Cristo”. Respeto y amor deberían inspirar nuevas maneras de reconocernos, tratarnos y cuidarnos en las relaciones familiares, entre las personas y entre las diversas comunidades y grupos sociales. Podrían ser la base de una ética social y política “por la vida del mundo” más humana, justa y fraterna.